

PINOCHO

AÑO V
NUM. 212

25 cts

10 MARZO
1929



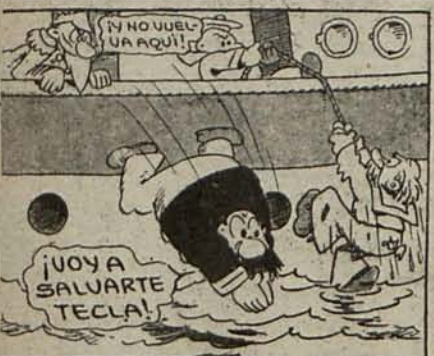
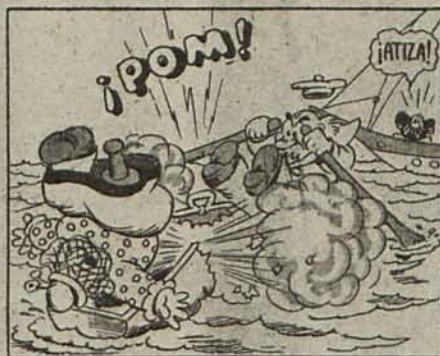
- ¿QUÉ ES UNA COSA MUY BLANCA, MUY HELADA, QUE SIRVE PARA PATINAR
Y QUE EMPIEZA CON F.?
¡NO SE!
¡LA NIEVE!
- ¿LA NIEVE EMPIEZA CON F.?
- ¿NO EMPIEZA CON FRIO?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLA Y D. M. BARBIERI

(Continuación)

«Los cómplices de mi delito viven todavía y este mi último acto de reparación y expiación no merecería probablemente su aquiescencia.

Cierto es que les acarreará graves daños, haciendo caer sobre su cabeza— aunque a distancia de años—la sanción que diestramente habían evitado. Pero ello no será más que el justo castigo por el mal que cometieron, arruinando a su padre de usted y a su familia y obligándome a abandonar a Francia y en ella a mi mujer y a una hija mía, de tres años tan sólo, de quienes no me ha sido posible volver a tener noticias.

»Los papeles que pueden probar la completa inocencia de su padre de usted, juntamente con los títulos y actas que constituyen y comprueban mi personal e *ilegal* patrimonio, forman un atestado demasiado voluminoso, y más que nada demasiado precioso, para que yo me aventure a confiarlo a uno de mis criados, el cual temo fundadamente pueda ser objeto de persecuciones por parte de mis cómplices. Por tales motivos, encontrará usted todo lo que, referente al asunto que ya conoce, le podrá servir para demostrar ampliamente la inocencia de su padre *dentro de la caja de caudales* que, empotrada en el muro, se encuentra en el testero occidental de mi despacho. Mi hotel está construido en el centro de las grandes plantaciones de mi pertenencia y se halla exactamente en el punto que podrá usted determinar en cualquier mapa, donde el paralelo 28°,17' corta al gran río...»

Aquí la carta quedaba truncada bruscamente. Dí vueltas y más vueltas al papel en todos los sentidos, lo miré al trasluz, pero no pude leer otra cosa.

—¡Oh! ¿y lo demás?— pregunté estupefacto.

—Lo demás... Justamente es lo demás lo que quisiera tener.

La voz de Enrique temblaba. Tenía las mejillas enrojecidas como por la calentura y los ojos movilísimos parecían bañados por una lágrima que estuviese a punto de brotar.

Puse mi mano en su diestra y se la estreché sin proferir palabra, como para atestiguarle mi solidaridad con su dolor renovado; y como él, a esta expresión de afecto mío, se emocionase al punto de llorar ya de veras, le dije en tono más bien alegre:

—Vaya, vaya, Enrique, ¡ten valor! Se te ofrece la posibilidad de conseguir lo que es objeto y fin de tu vida; tienes la dicha al alcance de tu mano ¡y te dejas dominar así por el abatimiento! Esas son debilidades que no te debes permitir. ¡Ánimo, ánimo! Hablemos de este suceso extraordinario.

—Hablemos; no he venido aquí para otra cosa.

Yo era el único de todos los amigos de D'Alimand que conocía su pasado y él tenía puesta en mí toda su confianza. Enrique era de familia normanda; su padre había sido capitán guardacostas adscrito al arsenal de Tolón; la madre se le había muerto cuando él no tenía más que ocho años, y el pobre viudo había tenido que separarse pronto, transido de dolor, de su hijo único, para mandarlo a un colegio a recibir instrucción y educación. El muchacho, de viva inteligencia y aplicadísimo, dejaba a los diez y siete años apenas las aulas del Instituto y entraba en la Escuela Militar de París, resuelto a crearse un porvenir en el ejército. Pero un año después, un trágico acontecimiento cortaba en flor sus legítimas aspiraciones y orientaba su vida de muy distinto modo. Su padre había sido preso bajo la doble acusación de robo y asesinato y el joven fué expulsado, naturalmente, de

la Escuela militar. ¡Con qué espontáneo impulso voló entonces a Tolón y tras de qué terribles ansias asistió al proceso, largo y laborioso, cualquiera puede imaginárselo! De los voluminosos autos de la causa, que interesó a toda Francia y constituye la historia más dolorosa de uno de los más graves errores judiciales que haya podido cometer humano tribunal, entresaco algunas páginas en las que el acusado hace la narración del hecho que le llevaba, inocente, ante los jueces.

»En la noche del 23 al 24 de Marzo —declaró el capitán D'Alimand en la vista del proceso— después de mi habitual visita de inspección, que había efectuado un poco más tarde que de costumbre, regresaba al arsenal, cuando me pareció divisar un repentino resplandor a través de una de las ventanas de la oficina situada en el piso bajo. En la puerta de servicio no había ningún centinela, cosa que me sorprendió bastante, tanto más cuanto que la puerta hallábase entornada. A pasos lentos y cautelosos, penetré entonces en el corredor y oí distintamente algunas voces apagadas que procedían del tercer despacho, el de la caja. Aterrado por el descubrimiento, no supe al pronto qué partido tomar: si adelantarme y afrontar a los malhechores, o gritar para atraer gente, o correr al inmediato puesto de guardia para reclamar auxilio. No había aun formulado este *dilema* de tres cabezas, cuando oí un paso firme y acompasado que avanzaba desde el fondo del corredor. Como la persona, que en aquella oscuridad no acertaba yo a distinguir, se me había acercado lo bastante para advertir mi presencia, me preguntó en voz alta e imperativa:

»—¿Quién es usted y qué hace aquí?

»Reconocí al comandante. Del aposento en que estaba la caja no llegaba ya rumor alguno.

»—Silencio, por caridad, mi comandante!

»—¿Cómo, silencio?

»No le pude dar otras explicaciones. De golpe, la puerta junto a la cual yo estaba se abrió de par en par, y al punto nos sentimos asaltados por no sé cuántas personas; pero no parecían

ser más de cuatro, por más que yo experimentaba la impresión de sentirme tocado, tropezado, sacudido por cien manos lo menos.

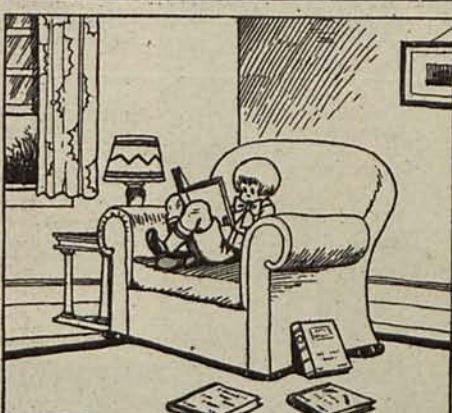
»Fué una lucha horrible. Uno de los asaltantes me tenía puesta una mano delante de la cara y con la otra intentaba tirarme al suelo; yo conseguí apoyarme en la pared y aferrar la garganta de mi adversario, pero otro, por detrás me asió de las piernas y caí de bruces. Pude entonces sacar del bolsillo el revólver, más en el mismo instante retumbó estruendosa una detonación. Al fulgor producido por el disparo, que había hecho el comandante, pude reconocer en uno de nuestros atacantes al teniente Romain, y al resplandor de los tiros que siguieron, me fué posible conocer también en el hombre que se había lanzado sobre mí al contramaestre Foichant. Pero las facciones de los otros dos no llegaron a mostrármese al trágico reflejo producido por las descargas que sin tregua se sucedían. No obstante, yo también hice fuego, ignoro si una, si dos o si tres veces. De pronto sentí a mi lado caer pesadamente al suelo el cuerpo del comandante; luego una bala me rozó un pómulo y otra me atravesó una pantorrilla. El corredor resonaba de gritos, aullidos y lamentos.

»Llegaron por fin, del otro extremo de la galería, los soldados de guardia, en pelotón. Pero los malhechores, apenas percibieron los pasos presurosos atravesando el patio grande que se encuentra al lado oeste del edificio, salieron rápidamente por la puerta por donde había yo entrado. Los oficiales, al entrar a su vez, no encontraron en la pieza más que a mí, imposibilitado de moverme por el dolor atroz que sentía en la pierna, al teniente Romain que agonizaba con el pecho acribillado de heridas, y al comandante, muerto ya, con la cabeza en un gran charco de sangre que aun le goteaba de una herida en el cuello y otra en el cráneo. Nos transportaron a los tres al hospital a donde Romain llegó ya cadáver y en el que yo permanecí por espacio de un mes largo. Por los

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN Y SU PANDILLA





LA ISLA DE FUEGO

POR E. SALGARÓ

ACABÁBAMOS de entrar con toda felicidad en aguas de Nueva Zelanda, la espléndida posesión inglesa que hoy por su civilización y su cultura puede compararse con la opulenta colonia australiana a pesar de que no hará cincuenta años, se divertían aún los neozelandeses comiendo carne humana, rai-

ces, helechos y puercos salvajes.

Había salido con una tropa de marineros para embarcar en una nave que nos esperaba en el Puerto de Nelson y para llegar más pronto habíamos tomado un vaporcito que hace el servicio semanal entre Melbourne la gran ciudad australiana y los puertos de Nueva Zelanda.

El capitán Watt, comandante del vaporcito tuvo durante la travesía toda clase de atenciones con nosotros y particularmente entre él y yo, habíase trabado una verdadera amistad, cosa muy corriente entre gente de mar.

Comenzábamos ya a vislumbrar las altas montañas de las dos grandes islas zelandesas cuando una avería ocurrida a nuestra máquina nos obligó a interrumpir la marcha hasta que los maquinistas la reparasen. Estando al paio, el capitán ordenó desplegar las dos velas con objeto de avanzar así algo en el camino a pesar de ser debilísimo el viento y muy pesada la carga que llevábamos.

La noche comenzaba a envolvernos en sus sombras y aun nos encontrábamos a gran distancia de Nueva Zelanda. Como bajo cubierta hacía demasiado calor, subí al puente y allí me recosté para fumar mi pipa, cuando de improviso, al volver la mirada hacia el Sur, vi brillar entre las tinieblas un resplandor intenso. Al principio supuse que aquello sería un barco ardiendo y fui a buscar al capitán para preguntarle y hacer que se mandasen lanchas de socorro para recoger a aquellos desgraciados. Le encontré en el saloncillo de popa sentado ante un mapa de las costas de Nueva Zelanda el cual estudiaba con atención profunda.

—Señor Watt—le dije—¿no ha observado usted nada anormal hace un rato hacia el sudoeste? —No,— me contestó.

—Me parece que debe haber algún barco ardiendo cerca de la costa. Acabo de ver ahora mismo un vivo resplandor en aquella dirección. Vi que la frente del capitán, al oír estas palabras, se fruncía y que su rostro reflejaba viva ansiedad.

—¿Ha visto el fuego hacia el Sudoeste?—dijo con voz alterada. —Sí.

—¿Con llamaradas muy altas?

—Precisamente.

—¿Y ha oído también grandes rugidos?

—Creo que no. El señor Watt bajó los ojos hacia el mapa, recorrió con un dedo el contorno costero de Nueva Zelanda y lo detuvo sobre un punto que se hallaba señalado con una crucecita roja.

—Aquí,—dijo como hablando para sí mismo.—No diga nada a nadie acerca de lo que ha visto, se lo ruego. Espéreme aquí.

Allí me quedé en efecto, muy sorprendido de la extraña emoción que observaba en el rostro del capitán del «Victoria»; tal era el nombre del vaporcito.





Debía de ser un motivo grave para poder turbar a aquel hombre que pasaba por ser uno de los más audaces navegantes de la marina australiana.

¿Por qué le habría asustado tanto aquel fuego?

Miré al mapa y fijé mi vista en la crucecita roja sobre la cual detuvo su dedo el capitán Watt. Estaba señalada en la proximidad de la costa de Zelanda septentrional cerca de la bahía que llaman de la Abundancia. Al lado de la crucecita descubrí una manchita indefinible que muy bien podía indicar una roca a flor de agua o un islote.

—¿Qué será?—me pregunté.

Estudiaba la solución de aquel enigma cuando oí aproximarse los pesados pasos del capitán. Cuando entró, su frente no estaba ya despejada, al contrario, me pareció aún más preocupado e inquieto que antes. Traía un antejo marino.

—¿Qué opina?—le dije.

—Es fuego, —me contestó—. ¡Mala señal! Si arde la isla no sé si la pasaremos sanos y salvos, y para colmo de desgracia las averías de la máquina no pueden estar reparadas antes de cuarenta y ocho horas.

—Nos falta el viento.

—En efecto.

—Señor Watt—le pregunté—¿cuál es esa isla que arde?

—La isla del Fuego.

—¿Una tierra volcánica?

El capitán me miró sin contestarme; después cogiéndome del brazo, dijo:

—Si le preguntan los pasajeros diga que es un volcán. Venga.

Subimos a la toldilla. Reinaba una calma completa entre los pasajeros que como yo habían retrasado el retirarse.

Apoyados en la barandilla de la borda miraban cómo la luz aumentaba cada vez su intensidad y no mostraban temor ninguno. Subimos al puente de mando y allí el señor Watt me ofreció el antejo, diciéndome:

—Observe detenidamente.

Lo dirigí hacia el punto indicado y descubrí sobre el mar, que se tenía con los reflejos del incendio, una isleta de forma circular de unas tres millas de circuito y de unos 250 ó 3000 metros de altura rodeada de escolleras que debían constituir un serio peligro para la navegación.

Su cima era truncada y algo cóncava y de ella se elevaban altas llamas azuladas como si en ella quemasen azufre en tanto que de entre las quiebras de las rocas vi salir violentos chorros de vapor.

—¿Un volcán?—dije al señor Watt que estaba a mi lado.

—No,—me contestó.—Es aquel maldito lago que está en ebullición. Observé que se acercó a la borda, tomó un largo mástil y lo introdujo en el agua del mar. Apenas lo recogió puso una mano en el agua que le había mojado y movió tristemente la cabeza.

—¡Buena señal!—murmuró después.

A mi vez yo también mojé en el agua mi mano y sentí que estaba caliente. Miré al capitán, pero él me volvió la espalda como si hubiera querido rehuir una pregunta y se marchó de nuevo a su cabina después de haber dado algunas órdenes al segundo de a bordo que le esperaba bajo la escala. Unos minutos después los marineros hacían despejar la cubierta rogando a los pasajeros, que eran unos cuarenta y casi todos australianos, que se retirasen a sus camarotes.

A pesar de que no debía contravenir las órdenes, yo me quedé sobre el puente y observé la isla. Las llamas en vez de extinguirse se acrecían más cada vez, llegando hasta más de 50 metros de altura, y por entre las quiebras de las rocas vi que torrentes de materia inflamada como si fuese lava

se deslizaban entre ellas, mas no tenían su color. No, no podía tratarse de un volcán. Pero ¿qué era aquello que ardía de tal modo aun sobre la misma cima del islote? Porque estaba tan preocupado el capitán? A mi entender, ningún peligro amenazaba a la «Victoria».

Estábamos a unos 5 kilómetros del islote y el viento, debilísimo, nos empujaba hacia el Oeste, de modo que en nuestra ruta no pasaríamos por los picachos afilados de aquellos escollos. Estaba en este punto de mis reflexiones cuando el señor Watt se acercó a mí de nuevo.

—Sigue débil el viento ¿verdad?—me dijo:

—Creo, —contesté— que no aumentará quizá hasta el amanecer.

—Y el fuego sigue en aumento.

—No creo haya motivos serios para inquietarse, —me aventuré a decir.

El señor Watt me miró largo tiempo en silencio y después me dijo sin embozo:

—¿No ha oído usted contar nada acerca de la desgracia del Wright?

—¿El Wright? —respondí escarceando entre mis recuerdos.

Me parece haber oído alguna vez este nombre.

—Lo mandaba el capitán John Watt, mi hermano —dijo el australiano suspirando.

—No recuerdo bien. Quizá en aquella ocasión estaría yo muy lejos de estos mares.

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿NO TE DA VERGÜENZA? ¡TENER LOS LIBROS SIN UNA SOLA HOJA!

ES EL FRÍO, DON TURULATO, MIRE LOS ÁRBOLES Y VERA COMO TAMBIEN SE LES HAN CAIDO TODAS



¡A LA COCINA AHORA MISMO! YO, A LOS NIÑOS QUE NO ESTUDIAN LOS DEDICO A COCINEROS

PARA ESO, PREFIERO PONERME A SERVIR



EN CUANTO DON TURULATO PRUEBE ESTOS BUÑUELOS DE VIENTO ME SUBE EL SUELDO. VAN A ESTAR RÍQUISIMOS, PORQUE HAY QUE VER LA DE AIRE QUE LES ESTOY DANDO



¡A VER QUÉ HACE ESE COCINERO QUE NO ME TRAE EL ALMUERZO!

VOY VOLANDO, SEÑORITO



¡QUE SE NOS VAN, CURRINCHE! ¡VETE CORRIENDO A ECHAR EL CERROJO A LA PUERTA!



¡A ESOS! ¡A ESOS!



¡EH! ¡DAROS PRESOS O LLAMO A UN GUARDIA!

YA ESTÁN TODOS ENCERRADOS. AHORA DESTAPA CON CUIDADITO NO SEA QUE SE NOS VAYAN OTRA VEZ

COMO ALGUNO INTENTE ESCAPARSE VERA USTED EL PUÑETAZO QUE LE VOY A DAR



EL ÚLTIMO, CURRINCHE. LO QUE ES AHORA SI QUE NO SE ESCAPAN

¡VAYA UN TÍO DEJORANDO BUÑUELOS! ¡NO ME HA DEJADO NI PROBARLOS!



¡SOCORRO, CURRINCHE! ¡QUE ME ELEVO!



¡ME ALEGRO! ¡ME ALEGRO! ¡ASI APRENDERA A NO SER TRAGÓN

**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¡NO SE QUE ESCRIBIR
PARA MI DISCURSO DE ES-
TA NOCHE EN EL BANQUE-
TE DE LA SOCIEDAD!

¡SEÑORES CONDO-
CIOS EN LAS BODAS
DE ORO DE NUESTRA
SOCIEDAD.....
.....ECT...!

¡SEGURO QUE ME AZORO
Y NO DARÉ PIE CON BOLAI

¡CON MOTIVO DE CE-
LEBRAR HOY LAS BO-
DAS DE ORO DE LA SO-
CIEDAD, EL SEÑOR PÉREZ
OS DIRIGIRÁ LA PALA-
BRA!

¡..... QUERIDOS CON-
SOCIOS, EN ESTA...
SI, EJEM... EN ES-
TA NOCHE... EJEM...

¡TRES AMIGOS FUERON INVITADOS
A UNAS BODAS DE ORO, EL QUE
ERA INGLÉS LLEVO UN RELOJ DE
ORO, EL QUE ERA AMERICANO LLE-
VO UNA SORTI-
JA DE ORO,
Y EL QUE
ERA JUDÍO
LLEVO UN
AMIGO DE
ORO-TAÑE

¡BRAVO!

¡MUY
BIEN!

¡OTRO CUEN-
TECITO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡CUANDO SE EN-
TEREN DE QUE TENGO
RAYOS DE ALQUILER
ME VOY A HACER MI-
LLONARIO EN MUY
POCO TIEMPO!

¡HAY MUCHAS
PERSONAS QUE NO
QUIEREN TRABAJAR,
YO LES PROCURARE
EL MEDIO DE QUE
HAGAN TODO
SIN CANSAR-
SE!

¡YO CREO
QUE EL CEBO
ESTE ES EL MÁS
INDICADO!

¡UNO QUE
HA PICADO!

¡SI ATRAPO
UNO SOLO CADA
VEZ, VOY A TAR-
DAR DEMASIA-
DO TIEMPO!

¿?

¡SI, EL
ACERICO MAS
GRANDE QUE
TENGA US-
TED!

CRASH

RISS!

PAT SULLIVAN

© 1934 by King Features Syndicate, Inc.
Copyright 1934 by Pat Sullivan

12

CUENTOS DE CALLEJA

EL CASTILLO DE LA CARIDAD

Castillo



godos.

Entre la provincia de Jaén y camino de Granada, está situado un pueblecito llamado Iznatoraf, abrigado de los vientos del Sur por un monte, en donde se edificó en tiempo de Don Ramiro un castillo.

Este castillo estaba habitado, según fama, por un árabe llamado Ali-Ben-Amud, que, traducido al castellano, significa «hijo del mal».

Los aldeanos que habitaban en los pueblos de Segura, Orcera y los Joldines, al ir a vender sus mercancías a Úbeda o Baeza, daban gran rodeo con objeto de evitar el paso por cerca del castillo, por miedo a las mil tropelías que el viejo Ali-Ben-Amud cometía, sobre todo robando y llevándose como cautivas a las muchachas más hermosas de los pueblos ya citados.

Una mañana del mes de Abril, Raquel Brijabet, acompañada de su hija Sara, que vivía en Orcera, salió con dirección a Úbeda, llevando en un borriquillo frutas, miel y pan para el mercado.

Al marchar, dejó la casa encomendada a su hija menor, Zulema, y recomendó a ésta que fuera amable y cariñosa con los pobres que se presentaran, y que, si al segundo día no habían regresado a casa, fuera a buscarlas a Úbeda.

Apenas haría una hora que habían emprendido el viaje, cuando, al atravesar el pinar denominado del Risco, se presentó a las viajeras una pobre judía, pidiéndoles en nombre de Dios una limosna, pues hacía dos días que nada comía.

Sara le contestó de mala manera, diciéndole que no tenía nada que darle, pues las provisiones que llevaban apenas serían suficientes para las dos; pero la madre, compadecida, sacó de las aguaderas de la borrica una torta de maíz y dió a la pobre anciana la mitad.

La anciana, volviéndose agradecida, dijo a Raquel:

—¡Dios premie tu caridad! Y en cuanto a tí, Sara, sufrirás el cautiverio y la desgracia.

Y, sin que vieran por dónde, desapareció la anciana.

Momentos después, las dos mujeres tropezaron con la comitiva de Ali-Ben-Amud, terror de la comarca, que volvía de caza. Al ver a Sara, Ali mandó a sus criados que la cogieran cautiva. Así lo hicieron, y, robando las provisiones, sólo dejaron a la pobre vieja el borriquillo, para que se volviera a Orcera.

Muy contento Ali con su cautiva, se la llevó al castillo de Iznatoraf, donde habitaba.

Condujo a Sara a su harén, y encargó a dos esclavas que la bañaran, la perfumaran y la vistieran ricamente.

Sara lloró y se desesperó al principio; pero luego, envanecida con el lujo que vestía y los cuidados con que la trataban, fué perdiendo poco a poco la idea de amor a su familia.

El viejo Ali-Ben-Amud celebró su conquista con un espléndido banquete.

Sara fue la reina de él; durante la fiesta estuvo contenta y satisfecha, y apenas se acordó de su madre y de su hermana; solamente dijo a Ali que tenía en Orcera una hermana menor llamada Zulema, que, por ser rubia, en el pueblo la llamaban Zulema, la de los cabellos de oro.

El viejo Ali, desde el momento en que oyó hablar a Sara de su hermana Zulema, formó el proyecto de robarla.

Así es que, después de la comida, llamó a su esclavo favorito, llamado Faralú, que en castellano quiere decir «tinieblas», y le encargó que al romper el alba saliera en dirección a Orcera para robar a Zulema, y que no volviera sin haber cumplido su cometido.

La pobre anciana Raquel llegó a su casa desolada y deshecha en lágrimas por la pérdida de su hija y de las mercancías que llevaba al mercado de Úbeda.

Zulema trató de consolarla; pero la pobre madre, que idolatraba a su perdida hija, no encontraba ningún consuelo humano.

En esto llamaron a la puerta y presentose la anciana pordiosera que les había pedido limosna en el camino, la que preguntó:

—¿Qué tenéis, buena mujer?

Contóle Raquel lo sucedido, y la pordiosera le dijo:

—Es justo castigo por los malos modos que Sara tuvo conmigo; pero, como tú eres buena, lo mismo que Zulema, justo





es que, si a uno se le castiga por malo, se proteja a los que son buenos; y así es que os tomo bajo mi protección. Como véis, soy muy pobre; pero os voy a hacer tres regalos.

Y, diciendo esto, entregó a Raquel un alfiler, un peine que se quitó de la cabeza y una nuez.

—Cuando te veas en algún peligro—continuó diciendo la anciana—, no tienes más que pronunciar estas palabras; ¡Hada de la Caridad, protégeme! Y tiras al suelo uno de los objetos. Ahora debo prevenirte que el moro Ali-Ben-Amud piensa apoderarse de tu hija Zulema, como ya lo ha hecho de Sara: con estos tres talismanes podrás salvarte y salvar a Zulema.

Las dos mujeres iban a dar gracias al hada de la Caridad, cuando ésta desapareció repentinamente.

Al amanecer del día siguiente, la casa de Raquel fue cercada por los vasallos de Ali-Ben-Amud, los cuales entraron forzando las puertas, y quisieron llevarse a Zulema a la fuerza. Esta les dijo que no haría resistencia si se llevaban con ella a su madre.

Los vasallos y el negro Faralú accedieron a la petición de Zulema, y montaron a las dos en una yegua blanca, que habían traído para el efecto.

No bien montaron en la yegua, se pusieron en camino, y, al llegar a lo más intrincado y espeso del pinar de Beás, Raquel sacó el alfiler y lo tiró al suelo con fuerza, exclamando:

—¡Válgame el hada de la Caridad!

Y, de repente, la yegua tomó un galope tendido, dejando atrás a sus raptos; entre éstos y las perseguidas surgió un río caudaloso que, con su rápida corriente, impidió el paso a los primeros.

—Gracias a Alá, nos hemos salvado—dijo Zulema.

Y, poniendo su cabalgadura al paso, siguió el camino que conduce a Úbeda.

Al verse burlado Faralú, puso sus caballos a escape, y, costeadando el río que maravillosamente había surgido en aquel sitio, pudo encontrar, después de dos horas de continua carrera, un paso, y siguió con frenética ira la persecución de las fugitivas.



Al cabo de tres horas pudo alcánarlas, y empezó a dar voces, diciendo:

—¡Deteneos, deteneos! Ya estamos a vuestro lado.

Y casi iban a apoderarse ya de ellas, cuando Raquel tiró el peine y pronunció las palabras «¡válgame el hada de la Caridad!».

Faralú y su escolta se vieron súbitamente detenidos por un espeso bosque que

brotó lleno de jarales y espinos, lo que les impidió seguir el camino por algún tiempo, hasta que encontraron una senda estrecha, y vieron a lo lejos a Zulema y a su madre que iban ya a rebasar los límites del castillo y señorío de Iznatoraf.

Con gran ardor emprendió de nuevo la persecución, hasta que al fin las pudo alcanzar, y, cercándolas, les dijo:

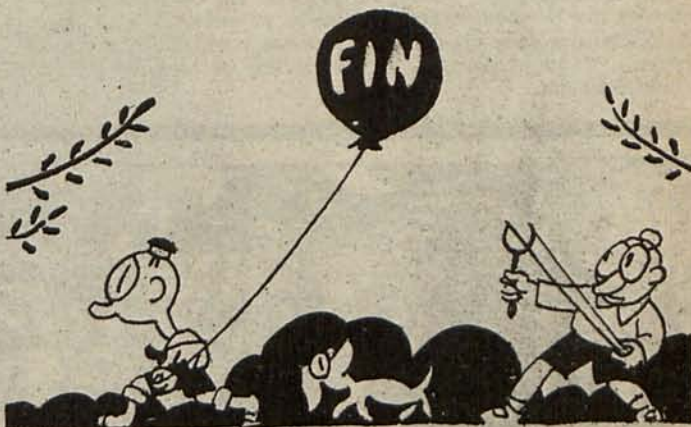
—Estamos a las puertas del castillo; esta vez no os escaparéis; no, no os escaparéis.

Y, tocando el cuerno de caza, dio aviso a Ali-Ben-Amud, el cual se apresuró a salir con gran número de vasallos, y llevando a su favorita Sara a la derecha.

Raquel entonces sacó la nuez y la arrojó contra el suelo, y surgió de la tierra un castillo inexpugnable; al mismo tiempo el antiguo de Iznatoraf se vino al suelo, pereciendo Ali-Ben-Amud, Sara, Faralú y todos los vasallos.

En aquel momento se apareció la anciana pordiosera y dijo a Raquel y a su hija:

—Este castillo, con todas las riquezas que encierra dentro de sí, os pertenece desde este momento, y se llamará de aquí en adelante el «Castillo de la Caridad»; es el premio que Dios os da, porque lo habéis merecido, cumpliendo el precepto de dar de comer al hambriento.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué hablaremos hoy, mi querido Chononcito?
—De lo que tú quieras.
—¡Hombre! para eso no te haría la pregunta. Tú dime qué curiosidad quieres satisfacer hoy y yo dejaré cumplido tu deseo.
—¿Ves aquel aparatito que hay allí, colgado en la pared?
—Lo veo perfectamente. Es un termómetro.
—Pues vamos a hablar del termómetro. Es decir, del aparatito precisamente, no, porque yo sé lo que es un termómetro.

—¿De veras?
—Completamente de veras. Ya recordarás que en cierta ocasión me hablaste de él.

—No importa; pero a veces la memoria...
—Ya sabes que la mía es inmejorable. Oigo tus charlas con una atención tan firme que de todo cuanto me has hablado en esta vida, y ya han sido cosas, conservo el recuerdo. Muy raro será el detalle de tus charlas que se me vaya de la memoria. Para demostrártelo voy a decirte lo más esencial de la descripción que me hiciste del termómetro. Una barrita de cristal en cuyo interior hay un tubito que arranca de un depósito de mercurio. En este tubito se ha hecho el vacío y por él sube y baja el mercurio según los cambios de temperatura. El frío contrae las moléculas del mercurio y hace que disminuya de tamaño. Por eso cuando hace frío el mercurio baja por la columnita a recogerse en su depósito. En cambio cuando hace calor sus moléculas aumentan de volumen, se dilatan y como ocupan más espacio suben por la columnita arriba. Si en esta columnita se hace una división en grados y se señalan estos con números, ya tenemos un aparatito indicador del frío o del calor que hace. ¿Es eso el termómetro?

—Veo que tienes una memoria felicísima, Chononcito. Ese es el termómetro de mercurio, si señor. Pero si tan bien lo sabes ya ¿de qué vamos a hablar?

—Del mercurio. Lo que me falta saber es qué cosa es el mercurio. Lo he tenido en la mano, he jugado con él, me ha gustado mucho dividirlo en pequeñas bolitas, juntarlas luego y ver cómo ellas solas vuelven a unirse y a formar una sola bola. Todo esto es muy curioso, muy interesante, muy bonito, pero yo no sé lo que es el mercurio. ¿Me lo quieres decir?

—Si me dejas hablar te lo diré. Hay que ver qué charlatán estás hoy.

—¿Te sabe mal?
—No; nada de eso. Al contrario. Pero es que yo necesito tiempo para explicarte lo que es el mercurio, y si no me lo dejas...

—Tienes la palabra. Servidor no hará más que oír y callar.
—El mercurio es un cuerpo simple, clasificado como metal.
—Perdona que no me calle, pero me asombra que un metal tenga la forma líquida, como la tiene el mercurio.

—Es asombroso en verdad, pero es así. Es decir, lo asombroso es que a la temperatura ordinaria se presente en forma líquida, porque ya sabes que otros metales, como el oro, la plata, el hierro, el plomo etc. etc., se convierten en líquidos por la acción del calor.

—No lo sabía.

—Pues es muy extraño, porque todo el mundo sabe, todo el mundo menos tú, por lo visto, que para hacer las joyas de oro, de plata, de platino etc. se convierten en líquidos estos metales sometiéndolos a la acción del calor y una vez en este estado se vacían en moldes que tienen la forma que se les quiera dar y al enfriarse vuelven a adquirir su dureza normal y ya tienes hechas las joyas.

—Todo eso está muy bien, pero dime qué cosa es el mercurio.

—Ya te lo he dicho, un metal. En tiempos de Roma se le conocía con el nombre de «plata viva». Científicamente se le llama «hidrargirio», que quiere decir agua-plata, pero, a pesar de esto, no es ninguna mezcla de agua y plata, sino un cuerpo simple. Ofrece la particularidad curiosísima de que su estado normal es el líquido y además es tan sumamente denso que cuerpos tan pesados como el plomo o el hierro flotan sobre él como un corcho sobre el agua.

—¿Entonces si se cayese uno en un estanque de mercurio no se iría al fondo?

—No creo que ni tú ni nadie, sea tan pesado como el plomo, y ya te he dicho que el plomo flota, de modo que tú flotarías con más razón.

—Además yo sé nadar.

—Ni te haría falta ni podrías nadar en ese metal, porque sus partículas ofrecen mucha más cohesión que las del agua.

—No sé que es eso de cohesión.

—Es la propiedad que tienen las partículas de los cuerpos de mantenerse unidas entre sí y oponer resistencia a separarse. El mercurio tiene más cohesión que el agua. Puedes hacer la prueba echando sobre un papel secante una gota de mercurio y otra de agua.

—Las absorberá el papel.

—A la gota de agua sí, pero a la de mercurio, no, porque sus partículas, unidas entre sí por una mayor cohesión, se defienden mejor contra la fuerza de atracción del papel secante y pueden mantenerse estrechamente pegadas unas a otras, lo que no ocurre con el agua ni con otros líquidos poco densos.

—Oye ¿eso que hay detrás de los espejos es también mercurio?

—Desde luego. Vulgarmente se le llama azogue. Por eso se dice que los espejos son cristales azogados.

—¿Es muy fácil hacer un espejo, querido buho?

—Sencilísimo.

—Ya podías decirme cómo se hace.

—¿Te vas a dedicar a la fabricación de espejos?

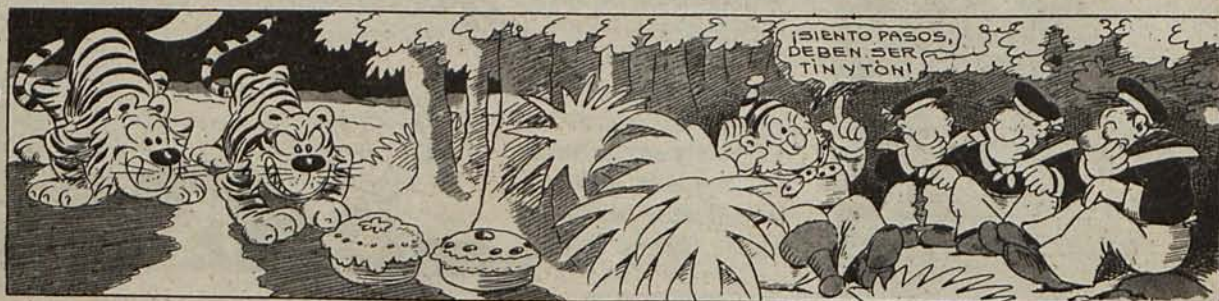
—No; pero me haría uno para mí.

—Bueno, pues otro día te lo explicaré.

—¿No se te olvidará?

—No; y además para eso estás tu. Para hacerme memoria.

—Me haré un nudito en el pañuelo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

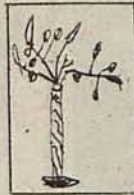
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Busto.
Leonor Mampaso.



La hilandera
Lolita Arenas.



Un árbol
Esperanza Debora.



Un señor
Antonio Moreta.



Pinocho pirata
Eugenio Morales



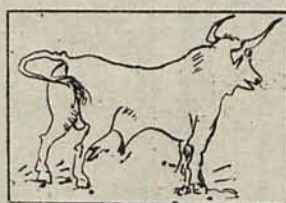
Pilita
Luis Vidal Rivas.



Mi hermano en el café
Rosario Losada.



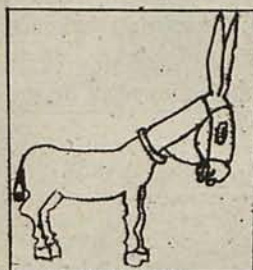
Un indio
José María Etayo.



Un miura
Andresito Ruiz de la Rosa.



Gran Mutualidad Infantil
N. N.



Un amigo del alma
M. Hidalgo.



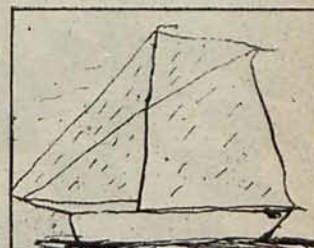
Caballo
Luis Morcillo.



Una reja.—A. Arboix.



Mi señora de compañía
R. L.



Balandro.—T. Cárcaba.



Pirula
Feliciano Molina



Currinche en su jardín
Nicolás Moya.



Barrendero
Luis V. Ribas.



EL OGRO DE LA SELVA

es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.—Precio: UNA peseta.



Don Turulato
Enrique López



Un piel roja
Cayo Laguna.



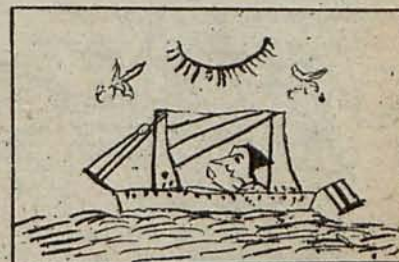
Currinche
Luis Sánchez



Un pavo real
Charo Gross.—9 años.



Maruja y sus juguetes
M.^a Eugenia y Polín Blanch.

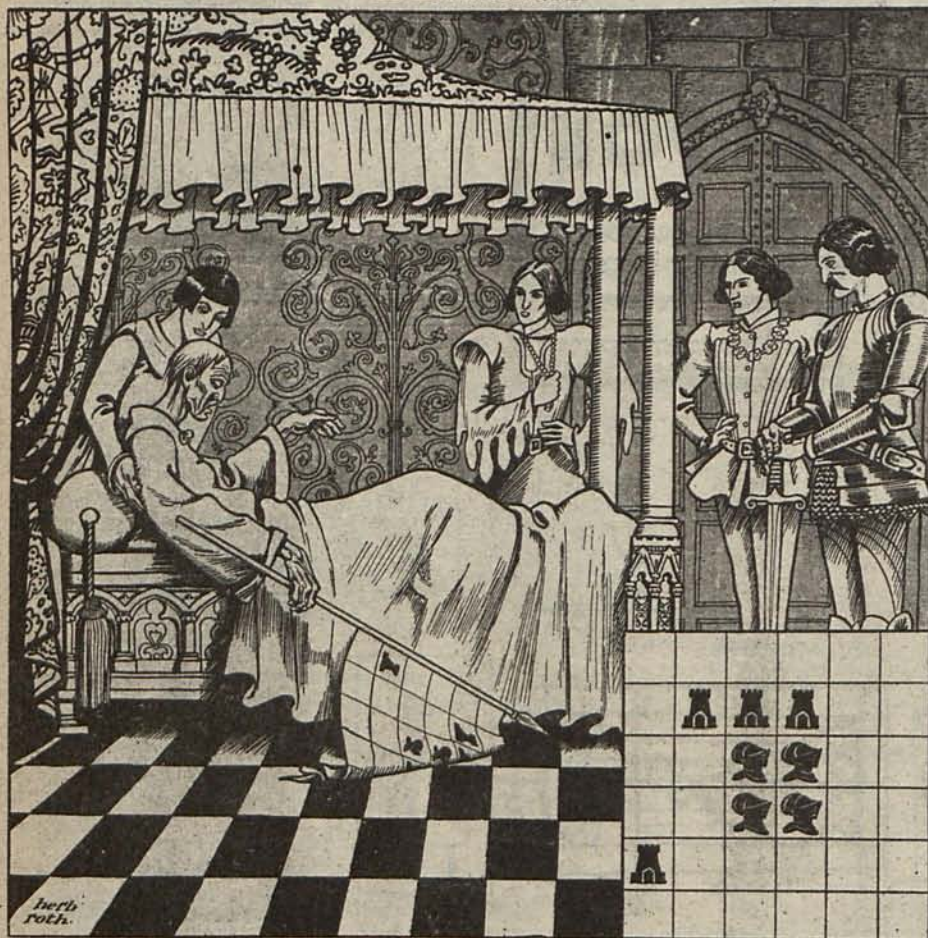


El barco de Pinocho
Elvira Serrano.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ESTANDARTE



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE FEBRERO **212**

Envío del Pinochista D.

Antes de morir Arnaldo de Belfañols, llamó a sus cuatro hijos y les dijo: —¡Me mueró! ¡Os quedáis dueños de todos mis tesoros pero antes es preciso que dividáis este estandarte en cuatro pedazos de forma que en cada uno haya un castillo y un yelmo! ¡los cortes los habéis de hacer por las líneas rectas!

¿Cómo procedieron los hijos de Arnaldo de Belfañols?

LA VACA Y LOS CERDOS



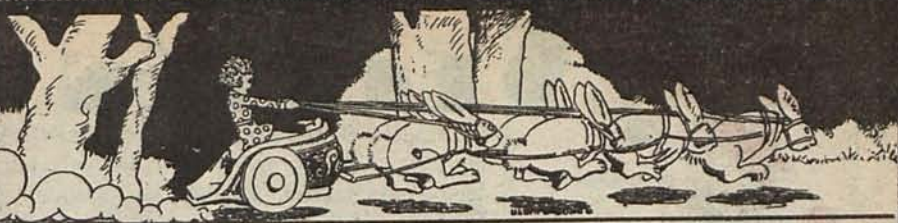
Una vaca y dos cerdos están escondidos entre la maleza.... ¿los véis vosotros?

EL traje Aritmético



Averiguar el total que suman los números del traje del clown.

ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA. — Botones de muestra... y de adorno.—Uno de los entretenimientos predilectos de Marisol, consiste en examinar la colección de botones que su abuelita guarda en una caja de cartón rosa, deliciosamente perfumada; como que en otros tiempos (los tiempos en que se estilaban esos botones) la caja fué caja de jabón al «Opononax». Esta colección de botones, sino por la belleza y el valor de sus piezas, al menos por su antigüedad, casi merecería figurar en un museo.



Hay en ella, botones de azabache labrado que simulan una cabeza de guerrero medioeval con su casco empenachado y todo; otros de filigrana, con adorno de perlititas; otros ostentan unos agujeros en los cuales brillaron esmeraldas y rubíes; otros son de asta recubiertos con un enrejado plateado; otros son bolas de cristal a través del cual se ven unos dibujos multicolores, sin que sea posible averiguar cómo los han metido, como sucede con ciertos pisa papeles. Claro que entre tantas maravillas hay también botones corrientes y sencillos; algunos grandes, planos, negros, lisos, como de gabán de papá; otros de nácar blanco, chiquitines, como de guante de mamá.

Cuando Marisol obtiene la autorización de apoderarse de la preciosa caja de cartón perfumada al «opononax», y de volcar su contenido sobre sus rodillas, se divierte en contar los botones, en clasificarlos por tamaños, colores, formas y dibujos, y siente el orgullo de tener entre sus manos un tesoro inestimable; piensa que acaso el señor que ha hecho estos botones se ha equivocado al fabricarlos y ha puesto en ellos pedrerías y metales «de verdad». ¿Quién sabe? A lo mejor este botón de esmalte con brillantes, vale una fortuna, y esta gruesa turquesa tallada es digna, por su precio, de figurar en la diadema de una reina. Aún siendo realmente sólo de cristal, de pasta, de porcelana o de cobre, ¡qué bonitos son todos estos botones extraños y complicados! ¡Cómo le gustaría a Marisol adornarse con ellos un vestido! Marisol no se da cuenta que un traje adornado con esos botones del año de la Nana, o del tiempo de Maricastaña (esa Maricastaña y esa Nana son dos señoras que deben de haber vivido en la misma época, una época tan lejana que nadie recuerda cuando ha sido) resultaría horrible.

Pero la idea de adornar un vestido con botones es excelente; tanto que se ha utilizado muchas veces en la moda y precisamente ahora se hace mucho, esta clase de adornos. Yo os lo aconsejo, tanto más cuanto que es económico y fácil, y se presta a múltiples combinaciones y a que despleguéis en ellas vuestros dones de originalidad y buen gusto. Para adornar vuestros trajes, no elegiremos, ciertamente, botones extravagantes por el estilo de aquellos que debieron de adornar los vestidos de las Señoras Nana o Maricastaña. Cogemos botones lisos, sencillos, que pueden ser negros, blancos o de color, o de cristal, según el vestido que se trate de adornar. La originalidad puede residir en la armonización del color del botón con el de la tela; en la disposición de los botones; y también en el modo de pegarlos, que no todo va a reducirse a hacer cuatro puntadas cruzadas, o paralelas, de dos en dos. Por ejemplo: sobre un vestido oscuro, o de un tono neutro, gris o beige, los botones pueden ser de galathea de un color vivo: rojo, amarillo, verde. Sobre un vestido claro o de un tono vivo, los botones serán oscuros, azul marino, negro, marrón. Tanto en uno como en el otro caso, resulta bonito pegarlos con seda del color del traje.

Los botones pueden ir abrochados con ojales verdaderos, muy grandes y muy bien hechos, como vosotras sabéis hacerlos. Pero para ahorrar trabajo y tiempo, los ojales pueden simularse.

Cada botón puede rodearse con un círculo sencillamente bordado a punto de cordón o de cadeneta, con lana. En lugar de formar un círculo completo, el bordado puede ser solamente un semicírculo, o un ángulo. O el botón puede aparecer encerrado en un cuadro o en un triángulo.

También es graciosa la combinación de botones y pespuntos.

Uno de los modelos que véis en esta página es un vestido de kasha (si me permitís, sin enfadaros conmigo, un chiste malo, os diré que es de kasha, pero que también de calle) azul marino, adornado con botones rojos, pegados con seda roja y encerrados cada uno en un círculo bordado en rojo. La corbata de crespón de China rojo, figura que va abrochada al cuello, con dos botones rojos.

Otro modelo es de toile de seda, verde almendra, con la falda plisada; el cuerpo va cubierto de pespuntos de seda negra formando cuadros; en un ángulo de cada cuadro, hay un botón negro, pegado con seda verde.

El tercer modelo es de crespón rosa adornado con vivos de crespón marrón que forman ondas, y con botones de color marrón sobre cada uno de los cuales hay un bordadito hecho con seda marrón.

Aunque el proverbio afirma que «para muestra basta un botón», ya véis que yo os ofrezco muchos botones que no son de muestra, sino de adorno.

